EUSEBIO Y SU CRIADO ALTANO.

Altano. — Mi señor Don Eusebio, si hoy no me vuelvo loco, no espere V. verme morir encerrado en una jaula. El contento me lleva el alma por esos cerros como una peonza: tantas vueltas la hace dar el gozo, que temo perder el seso. Vea V. cómo no hay plazo que no llegue. ¿Quién me lo había de decir, cuando saqué á V. rapazuelo del naufragio, que le había de llegar á ver hombre hecho y derecho, y casado con una beldad sin par? créame V. que tengo mayor consuelo por ello, que si á mí mismo me tocara, aunque no naciese para mis bigotes.

Eusebio — Por lo mismo eres acreedor, Altano, á toda mi dicha, y al agradecimiento que quisiera hoy manifestarte en lo que más desearías, si me lo significas.

Alt. — Señor, lo que más deseo es el cumplimiento de la dicha de V.; otra cosa no deseo, ni tengo por qué desear: vista ésta, muéranse mis ojos, como decía Simeón por boca del cura de la parroquia de S...

Eus. — Podían también venirte ganas de casarte, y morirse en paz tus ojos en el seno de tu familia.

Alt. — ¡Para pitos está por cierto el alcacer! ¿hay cosa más risible que un viejo que sube al tálamo con babador?

Eus. — Medimos los ajenos deseos por los nuestros: el que tengo de manifestarte mi agradecimiento, me sugirió esta especie; no tienes por qué extrañarla después que sientes en ti que el gozo te saca el alma de sus quicios.

Alt. — ¡Y cómo que me la saca! que si no fuera por el deseo que tengo de ver las bodas de V. que me hace atiesar las piernas, y estar firme en ellas, ya hubiera dado conmigo por esas paredes, desatinado como un moscardón que va de aquí para allá dando golpes y zumbidos, sin saber lo que se pesca.

Eus — ¿De dónde sacas Altano, tan lindas comparaciones?

Alt. — Ya previne á V. que estoy poco menos que loco de contento: vale más que lo manifieste en seso con esas expresiones, que con los hechos sin él.

Eus. — Te confieso que no sé comprender la causa del exceso de esa alegría por mi casamiento: ¿qué es lo que te incita á tales extremos de contento?

Alt. — ¿No oyó decir Vm. que en días tales se suele echar la casa por la ventana? Eso es lo que yo quiero significar é imitar.

Eus. — ¿Y viste jamás echar la casa por la ventana?

Alt. — No, señor; pero se dice, como digo yo también que estoy fuera de mí de gozo, y ve Vm. que estoy muy quedo y muy sobre mí.

Eus. — Echaba ya de ver que había alguna exageración en tus expresiones; por eso me vino deseo de saber la causa particular que te movía á tal exceso de gozo en mi casamiento.

Alt. — La causa particular no es otra que la de alegrarse todo hombre en tales días.

Eus. — Esa cabalmente es causa muy general, y que manifiesta que te alegras porque los otros se alegran, y nada más.

Alt. — No, señor; porque, aunque todos los demás lloraran, yo solo saltara de gozo como una cabra, en el casamiento de Vm.

Eus. — ¿Qué es, pues, lo que á ti sólo te incitara á saltar como una cabra, ya que estás tan fecundo en semejanzas?

Alt. — Porque me está diciendo el corazón, que ha de llegar V. al colmo de su dicha en su casamiento.

Eus. — Eso será porque crees que el estado del matrimonio es el más dichoso.

Alt. — Lo debiera ser, no hay duda; y lo fuera tal vez, si todos los casados fueran como Vm.

Eus. — Si todavía no lo soy, ¿cómo lo puedes inferir?

Alt. — Lo infiero de los sentimientos, y de la bondad de Vm.

Eus. — Pues qué, ¿no habrá otros muchos más buenos que yo?

Alt. — Sí, señor, pero ellos serán buenos como las brevas, y Vm. como fruta en real cercado.

Eus. — Á la verdad estás hoy de semejanzas, y algunas tales, que no sé alcanzarlas, como esta de las brevas.

Alt. — Me explicaré pues. Las brevas, cuando maduras, ó caen de buenas, ó las pican los pájaros: amén de esto, ellas crecen en las higueras á Dios y á la ventura. La fruta del real jardín es respetada en su bondad, y toma mejora del cultivo. Á más de esto, Vm. es bueno como la paloma, con asomos de cordura de serpiente: y finalmente, Vm. es bueno como Guzmán el Bueno, y no como el buen Guzmán, de quien se dijo: ¡qué lindos pintores que lleva el buen Guzmán!

Eus. — Ya estaba temiendo que llegases á profanar tus comparaciones. No sabes llevar adelante un discurso, sin ensartar alguna de tus ridículos estribillos.

Alt. — Mi señor Don Eusebio, esto no es mentar la soga en casa del ahorcado, pues Vm. está por casar todavía, y su casamiento es excepción de regla: quiero decir, lo será. Si todos los hombres fueran como Vm., me echaba á misionero de casamientos.

Eus. — No dejarías de hacer lindos sermones, y en algunas partes pudieras sacar gran fruto.

Alt. — Eso se lo aseguro yo á Vm., y no haya miedo que subsistiera entonces el refrán: *mal me quieren las comadres, porque les digo las verdades;* que todas ellas vendrían desaladas á oir al predicador de casamientos ¿Pues qué si me oyeran en una rejita de parlatorio? No digo más, porque sólo de pensarlo se me derrite el gusto en el buche.

Eus. — Estás hoy de extrañas ocurrencias. ¿Cuándo oíste jamás ningún predicador de casamientos?

Alt. — ¡Guarte! De todos los otros sacramentos sí; pero de ese no. ¿Cómo quiere Vm. que prediquen el matrimonio los que le dieron de pie, mirando como á víboras á las pobres hijas de Adán? Fortuna que la naturaleza predica callandito por otra parte, porque si no, ¡adiós noble raza de los godos!

EL TITIRITERO Y EL LUGAREÑO.

Eus. — También pudieran decirte á ti: ¿por qué no nos diste ejemplo de lo que predicas?

Alt. — ¿Y sabe Vm. lo que les respondiera? Hijos míos, por eso os lo predico: porque mi mala ventura hízome errar la vocación.

Eus. — Vale más que acortemos, porque si no estás en trote de decir muchos disparates. Ve á ver si vino el clérigo irlandés.

Alt. — Voy á servir á Vm., mi señor Don Eusebio; pero á lo mejor me rompió Vm. el discurso.

MONTENGÓN, *Eusebio.*

EL TITIRITERO Y EL LUGAREÑO.

JUNTÓSE en una gran plaza de cierta ciudad todo el pueblo para ver las habilidades que hacían unos charlatanes titiriteros. Este bufón, al acabar otros varios juegos de manos, quiso cerrar la función dando al pueblo un espectáculo nuevo. Dejóse ver solo en el tablado, cubrióse la cabeza con la capa, agachóse y comenzó á remedar el gruñido de un cochinillo con tanta propiedad, que todos creyeron que verdaderamente tenía escondido debajo de la capa algún marranito verdadero.

Comenzaron todos á gritar que se quitase la capa, hízolo así, y viendo que no tenía otra cosa alguna debajo de ella, le renovaron los aplausos y la grande algazara del populacho.

Un lugareño que estaba en el auditorio, chocándole mucho aquellas expresiones de necia admiración, gritó pidiendo silencio y dijo: Señores, sin razón se admiran Vds. de lo que hace ese bufón. No ha hecho el papel del marranito con tanta perfección como á Vms. les parece. Yo lo sé hacer mucho mejor que él, y si alguno lo duda, no tiene más que venir á este sitio mañana á la misma hora. El pueblo, pre-